

Recordar, compartir, aprender

Elche

María Martínez, 74 años

Rosa M^a Ferrer Ceresola, 20 años

UN ESPÍRITU PRISIONERO

En España la primera etapa de aislamiento internacional y el inicio de la guerra civil iban calando entre la economía y la miseria de un pueblo que seguía luchando por sus ideales. Todo ello se dejó sentir en Murcia que, como en otras partes de España, atravesó unos años difíciles que todavía muchos recuerdan. María, una murciana de setenta y cuatro años, cuenta con añoranza los pedazos de una historia, reconstruida a través de pequeños detalles y convertida en un esbozo en blanco y negro. Un retrato de las desdichas anecdóticas de aquella época que seguirá recordando con cariño.

Tengo que reconocer que me sorprendí al ver a María, no me imaginaba que aquella mujer alta y delgada de pelo grisáceo pero ondulado y, perfectamente peinado, irradiara tanta juventud. Una juventud conservada en cada una de sus palabras y, sobre todo, por el deseo de recuperar los años más felices de su vida a pesar de las desventuras de la guerra y otras muchas que marcaron su vida.

María fue a buscarme en aquella parada de “La Nevada” donde el autobús en el que iba alargaba el trayecto, sumergiéndome en calles ilicitanas que desconocía mientras el tiempo se consumía hasta la hora fijada para nuestro primer encuentro. Me alegró aquel gesto de humildad y cortesía, y sin haber mediado palabra su presencia ya me pareció agradable. A continuación nos desplazamos hacia el Centro Polivalente de Elche donde me deleitó con un pequeño fragmento de su vida que aún ocupa un lugar significativo en su memoria.

Esta historia sucedió en el año 1936, aproximadamente, cuando el padre de nuestra protagonista tuvo que luchar en la guerra. En uno de esos días, después de una batalla, el José salió a fumar un cigarrillo cuando, de repente el impacto de una bala rozó sus finos labios y le arrebató el cigarrillo de la boca. El miedo no tardó en apoderarse de sus pensamientos lo cual provocó que, al regresar a la trinchera le dijese a su compañero; “¡Mira esa bala me ha quitado el cigarrillo de la boca pero la próxima me matará!”. “Entonces, él y su amigo huyeron de la guerra”, recuerda María con tristeza mientras las finas lágrimas salen de sus pequeños ojos, cansados y deteriorados por una enfermedad que la obligó a estar postrada en la cama durante doce años. Son lágrimas de añoranza a sus seres queridos cuando recuerda el inicio de este relato.

Su padre, José, junto con su acompañante recorrieron el largo camino que les separaba de sus casas, pero no fue fácil. Tuvieron que acostumbrarse a vivir entre la noche, andando centenares de kilómetros, y dormir de día, incluso, entre los trigales para que nadie les descubriera. El miedo, motivado por el sentimiento de que si les descubrían les matarían, se convirtió en su peor enemigo. Así pasaron varios días hasta que llegaron al pueblo. Una vez allí tendrían que esconderse hasta que acabara la guerra y nadie debía saber dónde estaban, ni siquiera parte de su familia. Josefa, la madre de María, y los padres de ella eran los únicos que hasta el momento, conocían su paradero. De esta forma, José pasó a convertirse en un fantasma, un espíritu prisionero de aquella guerra, a quien aún le quedaba un resquicio de vida.

María Martínez, desde siempre, tuvo gran interés por la costura y por otro tipo de labores como bordar o hacer punto. Esta afición se iba incrementando durante los largos días, ya que María dejó de ir al colegio para ayudar a la contribución de la pequeña economía familiar. Muchas veces, prefería quedarse en casa cosiendo que acudir a las clases. Esto ocurría, en parte, porque en aquella época la educación no era obligatoria y, sobre todo, era preferible para la mayoría de las familias que sus hijas se quedaran en casa y de esta forma aprendieran el oficio de ser mujer, esposa y madre. En uno de esos días, estaba la niña frente a la chimenea, que alumbraba entre la penumbra de la casa, cosiéndose unas alpargatas, rotas por el uso, cuando de repente algo la aturdió. Su padre, como otras noches que pasaba con su mujer, intentaba volver a su guarida cuando vio a María y no dudó en decir; “¡María! ¿Qué haces ahí?”. La chiquilla al oír esa voz se giró y aún alcanzó a ver la figura de su padre que, guiado por la situación que vivía, hecho a correr desvaneciéndose entre el largo pasillo. “Mi padre cuando se dio cuenta de lo que había hecho se fue corriendo, porque ya se sabe que los niños lo cuentan todo”; explica María. Lo primero que hizo la niña, como es lógico, fue contarle a su madre



lo que había sucedido. “Le conté que había visto a mi padre bajando las escaleras, preguntarme qué hacía y, al instante, echar a correr”; asegura María. Su madre sabiendo el peligro que corría su marido si lo descubrían negó a la niña los hechos pero ella insistió diciéndole, incluso, que aquel a quien vio era su padre porque tenía hasta la “greñica” rebelde que salía de su cabello. Ese día su tío Pepe se estuvo paseando por la casa y por los alrededores de ésta con la misma camisa de campesino que solía llevar el fugitivo e incluso con esa “greñica” que le caracterizaba. Todo ello con el fin de no levantar sospechas ajenas y aquietar las visiones de la niña, para que se quitara de la cabeza que había visto a su padre, ya que éste estaba en la guerra. Pero María siempre ha sabido que aquel era su padre y, por mucho que le dijeran o le hiciesen creer, la niña mostraba una actitud de conformidad ante su madre, sin embargo en lo más profundo de su corazón sus sentimientos afloraban paulatinamente motivados por la alegría de saber que su padre estaba vivo y que algún día, cuando todo acabara, volvería a abrazarlo. María nunca le guardó rencor a su padre por esconderse de todos ni a su madre por no decir nada, porque sabía que todo aquello su padre lo hacía por el bien de su familia y que en el fondo tenía las mismas ganas de volver a verlas a su hermana y a ella y recuperar el tiempo perdido lejos de su familia.

En todo ese tiempo en el que su padre estuvo escondido, María cuenta que un día enviaron a su madre el mortuorio del marido. A pesar de ello, quienes se la hicieron llegar no estaban seguros de su muerte pero al no encontrarlo tras varios días de búsqueda le dieron por muerto y decidieron olvidarse del caso. La madre al recibir el envío intentó demostrar la tristeza ante la gente para que nadie sospechara de su actitud, pasó varios días llorando por su “difunto” marido pero hubo una vecina a la que no pudo engañar; “esas lágrimas no son de verdad, tu marido hace tiempo que está en tu casa, escondido para que no le maten” le dijo la vecina, según explica María.

Esa vecina era como una madre para Josefa, “antes los vecinos y amigos muy íntimos eran como tumbas, por eso el secreto estuvo a salvo”, me dice María con cierta añoranza hacia lo que antes era la vida y en lo que se ha convertido ahora.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Dígame María, ¿qué es para usted lo más importante de la vida?, ¿qué ha aprendido de ella? Quiero que me resuma los momentos felices en pocas palabras pero que, con esas palabras, muchas personas como usted se sientan identificadas y, sobre todo, quiero que su historia sirva de ejemplo a los jóvenes. Ójala cada día alguien tuviera la suerte de estar con una persona como usted y descubrir los pequeños secretos de la vida, aprender a superar obstáculos cada vez más difíciles y mostrar siempre una sonrisa. Un gesto de alegría que al menos nos regale unos instantes de felicidad”

María me responde que lo primero de todo es la salud, pero lo más gratificante es contar con el apoyo y la confianza de personas humildes, solidarias, dispuestas a escuchar y guardar un secreto. “Cuando yo era pequeña, las familias estaban más unidas que ahora y cualquier vecino o amigo podía entrar y salir de tu casa como alguien más de la familia. Por eso pienso que una familia unida es una de los aspectos más importantes de la vida”, dice María.

Nuestra protagonista recuerda con cariño que su vecina tenía una hija que ya tenía novio y, entonces, cuando la mujer salía de casa les decía a María y a su hermana que se quedaran con los novios para hacerles compañía y que no estuvieran solos. María, que era muy pequeña se sentaba en medio de los dos para que no pudieran besarse ni hablar como novios que eran. “Antiguamente se podía entrar y salir de la casa del vecino tantas veces como se quisiera y, cuando se celebraba algún banquete de boda o de comunión todo el barrio se unía para ayudar. Unos ponían el vino, los otros cocinaban, todos participaban en lo que, buenamente, podían”, cuenta María con emoción. Por todo ello, María siempre ha valorado la importancia de una familia unida y ha hecho todo lo posible para que a la suya no le faltara nunca nada y siempre conservara el amor y la confianza.

La única forma de volver al pasado es mediante el recuerdo y, quizá, estas letras le hayan servido a María para revivir ciertas anécdotas de su vida que creía olvidadas. Anécdotas, que a lo largo de nuestros encuentros se han convertido, como dice ella, en la esencia de la vida; “solidaridad, amor y, sobre todo, poder contar siempre con buenas personas es lo mejor que puede encontrar una persona”.